



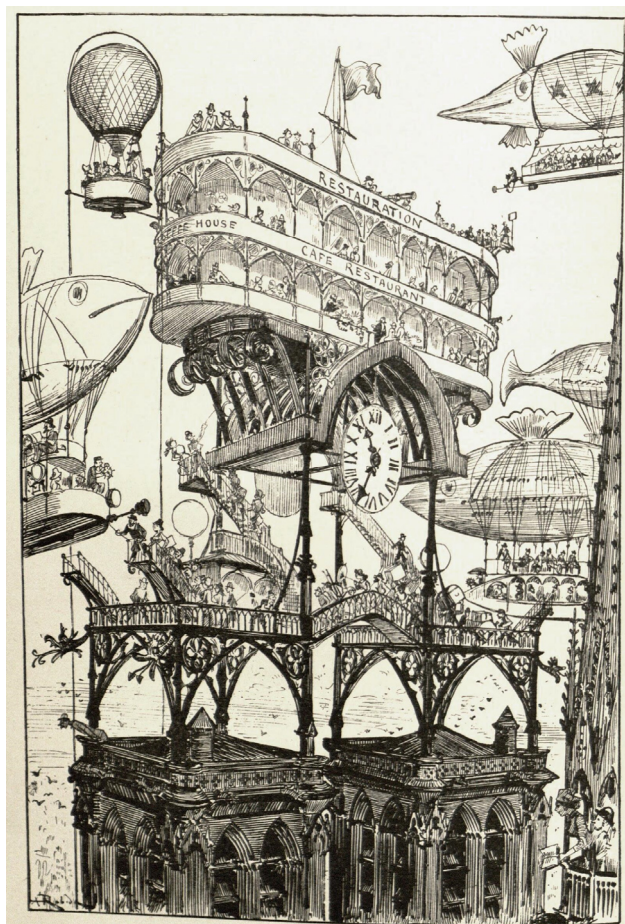
## Cuatro ciudades simbólicas finiseculares

**E**s en 1903 cuando *Звезда* [*La estrella*] ve la luz entre las páginas de la publicación petersburguesa *Журнал для всех* [*Revista para todos*]. Obra del médico y escritor Vikenti Vikéntievich Smidóvich (1867-1945), más conocido por su pseudónimo literario Veresáyev, este cuento de ambientación oriental trasciende el frenesí de su época para abordar algunas de las contradicciones atemporales del ser humano.

Constelada de contrastes entre luces y sombras, revelación y autoengaño, resignación y temeridad, esperanza y desesperanza, esta brillante narración alegórica nos invita a reflexionar sobre el sentido de la vida conjurando los fantasmas de una verdad prematura.

La traducción que sigue está realizada a partir del texto ruso incluido en Вересаев, В. В. (1987), *Повести и рассказы*. Moscú: Классики и современники. Para la transcripción de los nombres al español, me he basado en el sistema que propone la Fundéu por considerarlo el más cómodo para los lectores hispanohablantes.

Por último, deseo expresar mi más profundo agradecimiento a Marina Vinográdova, que ha tenido la amabilidad de facilitarme el texto de partida, y a Svetlana Gorsheneva, que ha iluminado mi traducción con sus valiosos consejos. ●





Vikenti Vikéntievich Veresáyev

## La estrella *Cuento oriental*

*Nota y traducción de Ricardo Muñoz Nafría*

Esto sucedió en tiempos remotos, en un lugar lejano y desconocido.

Sobre él reinaba una negra noche eterna. Pútridas nieblas se alzaban sobre una tierra cenagosa y se extendían en el aire. Las personas nacían, crecían, amaban y morían entre húmedas tinieblas.

Pero, a veces, el soplo del viento dispersaba las grávidas evaporaciones de la tierra. Entonces, desde el lejano firmamento, las brillantes estrellas contemplaban a los humanos. Comenzaba una celebración general. Estos, que habían permanecido a solas en moradas oscuras cual bodega, concurrían en la plaza y entonaban himnos al cielo. Los padres señalaban las estrellas a sus hijos y les enseñaban que en el afán por ellas radican la vida y la felicidad del ser humano. Los jóvenes y las muchachas escrutaban el cielo con avidez y en el alma se apresuraban hacia él desde las tinieblas que oprimían la tierra. Los sacerdotes oraban a las estrellas. Los poetas cantaban en su honor. Los científicos estudiaban sus caminos, su número y tamaño, y realizaron un hallazgo importante: resultó que ellas, despacio pero sin interrupción, se aproximan a la tierra. Diez mil años atrás —así lo afirmaban fuentes totalmente fidedignas— a duras penas se podía distinguir la sonrisa en el rostro de un niño a paso y medio de distancia. Ahora, en cambio, cualquiera podría fácilmente a tres pasos enteros. No había ninguna duda de que, en algunos millones de años, el cielo se iluminaría con luces resplandecientes, y a la tierra llegaría el reino de una radiante luz eterna. Todos aguardaban pacientemente el dichoso momento y morían con la esperanza puesta en él.

Así transcurría durante largos años la vida de los humanos, apacible y serena, y entraba en calor con la mansa fe en las lejanas estrellas.

En una ocasión, los astros del firmamento relucían con un fulgor especial. La gente se agolpó en la plaza y, con muda devoción, alzó su alma hacia la luz eterna.

De repente, entre la multitud se oyó una voz:

—¡Hermanos! ¡Cuánta luz y esplendor allá, en las excelsas llanuras celestes! ¡Y aquí, en cambio, cuánta humedad y tinieblas a nuestro alrededor! Se consume mi alma, privada de vida y libertad en una oscuridad eterna. ¿Qué haremos hasta que, tras millones de años, la vida de nuestros descendientes lejanos se llene de luz imperecedera? Nosotros, nosotros necesitamos esta luz. La necesitamos más que el aire y el alimento, más que a la madre y la amada. ¿Quién sabe? Quizá exista un camino a las estrellas. Quizá seamos capaces de arrancarlas del cielo y alzarlas aquí, entre nosotros, para regocijo de toda la tierra. Así pues, ¡vayamos en busca del camino, vayamos en busca de luz para la vida!

En la asamblea se hizo el silencio. Entre susurros se preguntaban unos a otros:

—¿Quién es este?

—Es Adeíl, un joven irreflexivo e indómito.

De nuevo se hizo el silencio. Y tomó la palabra el anciano Tsur, maestro de mentes despiertas, luz de ciencia:

—¡Querido joven! Todos nosotros comprendemos tu melancolía. ¿Quién, en su momento, no la ha padecido? Mas es imposible que una persona arranque del cielo una estrella. El borde de la tierra termina con simas y abismos profundos. Más allá hay peñascos escarpados. Y a través de ellos no existe ningún camino a las estrellas. Así hablan la experiencia y la sabiduría.

A lo que Adeíl respondió:

—No es a vosotros, los sabios, a quienes yo me dirijo. La experiencia cubre vuestros ojos con albugos, y la sabiduría os ciega. ¡Os exhorto a vosotros, los jóvenes y valientes de corazón, a quienes aún no ha aplastado una sabiduría decrepita y senil!

Y aguardó respuesta.

Los primeros contestaron:

—Nosotros iríamos de buen grado. Sin embar-



## Cuatro ciudades simbólicas finiseculares

go, somos la luz y la alegría en los ojos de nuestros padres, y no podemos causarles penas.

Los segundos contestaron:

—Nosotros iríamos de buen grado. Sin embargo, acabamos de empezar a construir nuestras casas, y tenemos que terminarlas.

Los terceros contestaron:

—¡Salud, Adeíl! ¡Nosotros vamos contigo!

Entonces, se alzaron muchos jóvenes y muchachas. Y fueron tras Adeíl. Marcharon a una lejanía lóbrega y temible. Y la oscuridad los engulló.

Transcurrió mucho tiempo.

De cuantos marcharon no hubo noticia. Las madres lloraron irreflexivamente a sus difuntos hijos, y la vida volvió a fluir como antes. De nuevo, entre húmedas tinieblas nacían, crecían, amaban y morían las personas con la serena esperanza de que, en miles de siglos, descendiera la luz a la tierra.

Pero he aquí que en una ocasión, sobre el oscuro borde de la tierra, el firmamento se iluminó débilmente con un fulgor titilante. La gente se agolpaba en la plaza y preguntaba:

—¿Qué es eso de ahí?

El cielo se volvía más claro a cada hora. Rayos azules se deslizaban por las nieblas, perforaban las nubes, con amplia luz inundaban las llanuras celestes. Los sombríos nubarrones, despavoridos, se arremolinaban, se atropellaban entre sí y huían lejos. Con un brillo cada vez mayor, los triunfantes rayos se propagaban por el cielo. Y un estremecimiento de alegría sin precedentes recorría la tierra.

Fijamente escrutaba el horizonte el anciano sacerdote Satsói, que manifestó pensativo:

—Semejante luz solo puede proceder de una eterna estrella celeste.

A lo que Tsur, maestro de mentes despiertas, luz de ciencia, replicó:

—¿Pero cómo ha podido el astro descender a la

tierra? No disponemos de ningún camino a las estrellas, ni ellas a nosotros.

En cambio, el cielo se volvía más y más claro. Y, de repente, sobre el borde de la tierra destelló cegador un punto radiante.

—¡Una estrella! ¡Viene una estrella!

Y, con tempestuosa alegría, la gente corrió a su encuentro.

Brillantes como el día, los rayos expulsaban a su paso las pútridas nieblas, que, desgarradas y desgredadas, se agitaban y se pegaban al suelo. Pero aquellos los golpeaban, las hacían pedazos y las hincaban en él. El horizonte quedó iluminado y despejado. Las personas vieron cuán amplio es, cuánto espacio libre hay en la tierra y cuántos hermanos viven en todas direcciones.

Y con tempestuosa alegría corrían al encuentro de la luz.

Por el camino marchaba Adeíl con paso tranquilo y de un rayo sujetaba en lo alto una estrella arrancada del cielo. Estaba solo.

Le preguntaron:

—Pero, ¿dónde están los demás?

A lo que, con voz entrecortada, respondió:

—Han perecido todos. Creaban caminos al cielo a través de simas y abismos. Y han perecido con la muerte de los valientes.

Las multitudes, jubilosas, rodearon al portador de la estrella. Las muchachas lo cubrían de flores. Resonaban gritos de entusiasmo:

—¡Gloria a Adeíl! ¡Gloria a quien nos ha traído la luz!

Él entró en la ciudad, se detuvo en la plaza y con la mano en alto sujetaba el radiante astro. Y el júbilo se propagó por toda la ciudad.

Transcurrieron los días.

Como antes, la estrella brillaba resplandeciente en la plaza, en la mano bien alzada de Adeíl. Pero hacía ya tiempo que el júbilo estaba ausente en la ciudad. Los habitantes caminaban enfadados y malhumorados, con la mirada gacha, e intenta-



## Cuatro ciudades simbólicas finiseculares

ban no mirarse los unos a los otros. Cuando tenían que cruzar la plaza, sus ojos se enardecían de lóbrega hostilidad al reparar en Adeíl. No se oían canciones. No se oían oraciones. En lugar de las pútridas nieblas expulsadas por la estrella, una ira negra y sombría se condensaba sobre la ciudad cual niebla invisible. Se condensaba, crecía y se intensificaba. Y bajo su peso resultaba imposible vivir.

Así pues, he aquí que una persona salió corriendo a la plaza con un chillido. Ardían sus ojos, su rostro estaba desfigurado por una ira que le había desgarrado el alma. Loco de rabia gritaba:

—¡Fuera la estrella! ¡Fuera el maldito portador de la estrella! Hermanos, ¿acaso las almas de todos vosotros no chillan por mi boca? ¡Fuera la estrella, fuera la luz que nos ha privado de vida y alegría! Vivíamos tranquilamente entre tinieblas, amábamos nuestras dulces moradas, nuestra apacible vida. Y contemplad qué ha sucedido. Llegó la luz y ya no hallamos deleite en nada. Las casas están apretadas en montones sucios y deformes. Las hojas de los árboles, pálidas y resbaladizas como la piel del vientre de una rana. Contemplad la tierra: se encuentra toda cubierta de suciedad ensangrentada. ¿De dónde procede esta sangre, quién lo sabe? Pero se adhiere a las manos, su olor nos acosa en la comida y en el sueño, envenena y debilita nuestras humildes oraciones a las estrellas. ¡Y en ningún lugar existe salvación de la insolente luz, que se cuela por todas partes! Penetra en nuestros hogares, y he aquí lo que vemos: en ellos, la suciedad está pegada por doquier; ha arraigado en las paredes, ha tapado las ventanas, se acumula en las esquinas formando hediondos montones. Ya no podemos besar a nuestros seres amados: a la luz de la estrella de Adeíl se han vuelto más repugnantes que los gusanos de las tumbas; sus ojos son pálidos como cochinitas, sus blandos cuerpos están cubiertos de manchas y adoptan un aspecto mohoso. Así que ya no pode-

mos mirarnos los unos a los otros: ante nosotros no vemos a una persona, sino la vejación de una persona... Cada uno de nuestros pasos secretos, cada movimiento oculto lo alumbra la inexorable luz. ¡Resulta imposible vivir! ¡Fuera el portador de la estrella, que se extinga la luz!

Y otros le secundaron:

—¡Fuera! ¡Viva la oscuridad! Solo desgracia y maldición acarrea a los humanos la luz de las estrellas... ¡Muerte al portador de la estrella!

Entonces, la multitud empezó a agitarse de forma amenazadora. Con un rugido furioso intentaba embriagarse, sofocar el horror ante su gran injuria a la luz. Y avanzó hacia Adeíl.

Pero la estrella brillaba con un resplandor letal en la mano de su portador, y ellos no podían acercarse a él.

—¡Hermanos, deteneos! —se oyó de repente la voz del anciano sacerdote Satsói—. Incurriréis en un grave pecado para vuestra alma si maldecís la luz. ¿A quién oramos, con qué vivimos sino con ella? Mas tú también, hijo mío —se volvió hacia Adeíl—, tú también has cometido un pecado no menor al bajar una estrella a la tierra. Ciertamente el gran Brahma dijo: «Bienaventurado quien se afana por las estrellas». Pero aquellos cuya sabiduría ha tornado insolentes han comprendido mal la palabra del universalmente Venerado. Los discípulos de sus discípulos dilucidaron el verdadero sentido que encierra la oscura enseñanza del Omnisapiente: el ser humano debe afanarse por las estrellas solo de pensamiento, pero la oscuridad es tan sagrada en la tierra como la luz en el cielo. Y he aquí que tú has desdeñado esta verdad con tu mente altiva. Así pues, ¡arrepíentete, hijo mío, arroja la estrella y que reine en la tierra la paz de antes!

Adeíl se sonrió.

—¿Pero tú piensas que, si la arrojo, la paz en la tierra no se habrá extinguido ya para siempre?

Y, con horror, los presentes sintieron que Adeíl



## Cuatro ciudades simbólicas finiseculares

había dicho la verdad, que la paz de antes ya no regresaría jamás.

Entonces, dio un paso al frente el anciano Tsur, maestro de mentes despiertas, luz de ciencia.

—Has obrado de manera irreflexiva, Adeíl, y tú mismo ves ahora los frutos de tu irreflexión. De acuerdo con las leyes de la naturaleza, la vida se desarrolla despacio. Y despacio se aproximan en ella las lejanas estrellas. Con su luz en constante acercamiento se reforma constantemente también la vida. Mas tú no querías esperar. Por tu cuenta, arrancaste una estrella del cielo y has alumbrado intensamente la existencia. ¿Y cuál ha sido el resultado? Ahí se encuentra esta justo ante nosotros: sucia, lastimera y deforme. ¿Pero acaso antes no sospechábamos que fuera así? ¿Y suponía eso un problema? No es muestra de gran sabiduría arrancar una estrella del cielo y alumbrar con ella las deformidades de la tierra. No, emprende la negra y ardua labor de reformar la vida. Entonces verás si resulta sencillo limpiarle la suciedad acumulada durante siglos, si se puede lavar esta inmundicia incluso con todo un mar de la luz más radiante. ¡Cuánta inexperiencia pueril demuestra tu conducta! ¡Cuánta incomprensión de las condiciones y las leyes de la vida! Y he aquí que, en lugar de alegría, has traído a la tierra aflicción; en lugar de paz, guerra. Claro que tú podrías, y ahora puedes, resultar de provecho para la vida: destruye la estrella, toma de ella tan solo un fragmento, y este alumbrará la existencia en la medida justa y necesaria para trabajarla de forma fructífera y razonable.

A lo que Adeíl respondió:

—¡Has dicho la verdad, Tsur! No alegría, sino aflicción, ha traído la estrella; no paz, sino guerra. No es esto lo que yo esperaba cuando trepaba por escarpados peñascos hacia las estrellas, cuando mis compañeros se precipitaban y caían al abismo a mi alrededor... Pensaba: por lo menos uno de nosotros alcanzará el objetivo y portará a la tierra

una estrella; y bajo su intensa luz comenzará en ella una vida reluciente y clara. Pero cuando me encontraba de pie en la plaza, cuando a la luz de la estrella celeste vi vuestra vida, comprendí que mis sueños habían sido una locura. Comprendí que necesitáis la luz tan solo en el inalcanzable cielo para inclinaros ante ella en los instantes solemnes de la vida. En la tierra, en cambio, las tinieblas os son más queridas que cualquier cosa, para ocultaros los unos de los otros y, principalmente, para alegraros de vosotros mismos, de vuestra lóbrega existencia corroída por el moho. Pero todavía más que antes, he sentido que resulta imposible vivir esta vida, que, con cada gota de su ensangrentada suciedad, con cada mancha de húmedo moho, incesantemente clama al cielo... Ahora bien, os puedo consolar: mi estrella lucirá por poco tiempo. Allá, en el lejano firmamento, las estrellas cuelgan y resplandecen por sí solas. Pero una vez arrancadas de él, bajadas a la tierra, no pueden brillar si no es alimentándose de la sangre de su portador. Yo siento que mi vida, como en una mecha, asciende por mi cuerpo hacia la estrella y se consume en ella. Un poco más y se habrá consumido por completo. Además, es imposible transferir la estrella a nadie: se extingue junto con la vida de su portador, y cada cual debe obtener otra de nuevo. Así pues, me dirijo a vosotros, los honrados y valientes de corazón. Tras haber conocido la luz, ya no querréis vivir en tinieblas. Marchad lejos y traed aquí nuevas estrellas. Largo y arduo es el camino, pero a pesar de eso, a vosotros os resultará más sencillo que a nosotros, los primeros que en él perecieron. Los senderos están creados; los caminos, marcados. Vosotros regresaréis con estrellas, y su luz ya no se agotará en la tierra. Eso sí, con su fulgor inextinguible será imposible una vida como la de ahora. Las ciénagas se secarán. Las negras nieblas desaparecerán. Los árboles verdearán resplandecientes. Y aquellos que con furia arremeten ahora contra la estrella,



## Cuatro ciudades simbólicas finiseculares

les guste o no, emprenderán la reforma de la vida. De hecho, toda su cólera actual se debe a que — según sienten— con la luz les resulta imposible vivir como viven. La existencia se tornará grande y pura. Y será hermosa a la radiante luz de las estrellas, que se alimentan de nuestra sangre. Pero cuando por fin descienda hacia nosotros el cielo estrellado y alumbre la vida, dignos de la luz hallará a los humanos. Y entonces ya no será necesaria nuestra sangre para alimentar esta eterna luz perpetua...

La voz de Adeíl se cortó. Las últimas gotas de sangre escaparon de su pálido rostro. Se doblaron las rodillas del portador de la estrella y este cayó. Cayó con él la estrella. Cayó, empezó a crepitar en la suciedad ensangrentada y se extinguió.

Por todos lados se abalanzó la negra oscuridad y se cerró sobre la apagada estrella. De la tierra se alzaron resucitadas las nieblas, comenzaron a arremolinarse en el aire. Y a través de ellas, como tímidas lucecitas lastimeras, brillaban en el lejano firmamento las lejanas, impotentes e inofensivas estrellas.

Transcurrieron los años.

Como antes, entre húmedas tinieblas nacían, crecían, amaban y morían las personas. Como antes, la vida parecía apacible y tranquila. Pero un profundo desasosiego y descontento la desgastaba en las tinieblas. La gente intentaba y no podía olvidar lo que la brillante estrella había alumbrado con su efímera luz.

Envenenadas estaban las apacibles alegrías de antes. La mentira había arraigado en todo. Uno oraba con devoción a la lejana estrella y empezaba a pensar: «¿Y si sale otro loco y nos trae aquí una estrella?» Entonces, la lengua se trababa, y la devota ensoñación se trocaba en cobarde estremecimiento. El padre enseñaba al hijo que en el afán por las estrellas radican la vida y la felicidad del ser humano. Pero, de repente, destellaba un pensamiento: «¿Y si de verdad se enciende en mi hijo el afán por la luz de aquellas y, como Adeíl, marcha tras una estrella y la trae a la tierra!» Entonces, se apresuraba a explicarle que la luz, por supuesto, es buena, pero resulta una locura intentar bajarla a la tierra. Hubo tales locos, y perecieron ignominiosamente sin resultar de provecho para la vida.

Esto mismo enseñaban los sacerdotes a la gente. Esto mismo demostraban los científicos. Pero en vano sonaban los sermones. A cada instante se propagaba la noticia de que cierto joven o cierta muchacha habían abandonado el nido natal. ¿A dónde? ¿No será por el camino indicado por Adeíl? Y con horror sentían las personas que, si la luz volviera a brillar en la tierra, les gustara o no, tendrían que emprender finalmente una labor inmensa, y no podrían escapar de ella a ninguna parte.

Con angustioso desasosiego escrutaban el negro horizonte. Y les parecía que sobre el borde de la tierra ya empezaba a titilar el trémulo destello de las estrellas al aproximarse.

1903